

M^a ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ, *Atavío y puñal*, presentación de Olvido García Valdés, Zaragoza, Olifante, 2012, 49 págs.

Esta nueva entrega de M^a Ángeles Pérez López (Valladolid, 1967) está investida de ese sello suyo que es ya inconfundible: una poética de la inmediatez, plena de iluminaciones, vertebrada por una extraña y frágil fortaleza, por una firme ingravidez que se desplaza entre lo tangible y su sombra y lo va hilvanando con secretos hilos; una poética que rescata lo mínimo o ínfimo para enaltecerlo apenas con un susurro, siempre con un formidable dominio de la forma, del ritmo y de la música secreta que late en toda poesía verdadera, en especial desde la sobria elegancia de sus característicos endecasílabos blancos.

Poeta de fecundo itinerario, sus versos han sido traducidos a varios idiomas y se desgranán en numerosos títulos –publicados en diversos países–, desde la plaquette *Geografía personal* (1995), a través de los poemarios *Tratado sobre la geografía del desastre* (1997), *La sola materia* (1998, Premio Tardor), *El ángel de la ira* (plaquette, 1999), *Carnalidad del frío* (2000, Premio Ciudad de Badajoz), *La ausente* (2004), *Libro del arrebató* (antología, 2005), *Materia reservada* (antología, 2007) y *Pasión vertical* (plaquette, 2007). En 2010 se publica, con prólogo de Eduardo Moga, la recopilación *Catorce vidas (Poesía 1995-2009)*, donde ya parece anunciarse *Atavío y puñal*, desde la materialidad de la palabra y una lumbré que vivifica lo humilde y lo redime de la usura cotidiana. Ahí está ya la mujer que lava sus cicatrices, la que se pinta el cuerpo con azafrán para “inventar el júbilo”, o la que “es un pájaro que arrasa / las tardes encendidas por el sol / mientras pinta en su cuerpo la memoria” (143). El verso es bálsamo que cauteriza, que cubre también al ave viajera que de pronto cede la vida contra el cristal del coche, “como quien cae rendido y se levanta, arrastra sus cartílagos, su sombra” (118), o el membrillo que al amor del otoño derrama su luz y su olor en su despedida, o la paloma caída en medio del cemento.

Atavío y puñal es posiblemente la entrega más difícil de la poeta, una colección de veintidós poemas casi rituales, pausadas ceremonias de exorcismo contra el dolor, contra la rabia, contra la desolación. En ellos la palabra se vuelve carnal, casi táctil, y va bañando con colores sucesivos el cuerpo lacerado de unos personajes que, en términos de Olvido García Valdés, “se funden en un solo dolor, una sola causa desesperanzada, urgente e innegociable”. En la

cadena de rituales que es el libro, podemos contemplar a veintidós mujeres que con el color van a dibujar puentes o sueños para convocar el amor o la ternura, mientras desgranar episodios oscuros con serena altivez: se suceden así la mujer sola, la mujer rota, la náufraga de su propio cuerpo, la abandonada en una habitación de hotel, la que ha muerto y resucitado varias veces. La voz de la poeta va hilando sus pensamientos distantes, que al final son uno solo, y va lavando esos dolores con anilinas imaginarias y con el susurro poético:

En el exacto centro de su centro
la mujer pinta el vértigo y se asoma.
Como los gatos negros de la noche,
camina alrededor, mide el vacío,
se asoma a su avispero, su intervalo
de dolor a dolor, su abismamiento
y acerca los dos pies, la coyuntura
en que el barranco traga las palabras,
piedritas ya vencidas por su lastre.
Con su rencor purísimo y amargo
que es la fermentación de la mentira,
la mujer vuelca ácido carbónico
en su esternón, el hueso valeroso
cuya forma es la grieta, la fractura
en la concentración de la materia... (45)

El pincel de la poeta se desliza sobre lo invisible para revelarlo, para hablarnos entonces de esos cuerpos ateridos que acosa la enfermedad, la mutilación, la guerra, el maltrato, la tortura o la pérdida: “y la mujer camina arrebatada / con su roja clavícula en la mano / para escribir su nombre en las paredes / y en la calcinación de la caliza” (39). Son cuerpos que guardaban su dolor como una alcancía de secretos, y que ahora encuentran en cada página su casa, el espacio íntimo y grato donde vestirse de color o desnudarse de sombra. La poeta pinta su fantasía, o es la alfarera que modela las palabras como si fueran greda, tierra madre y dócil bajo su delicada, pausada actuación, que ofrenda su casa de palabras, su refugio, a cada desamparo.

Esos pinceles dibujan peces y borran cicatrices, y en su ritual obran el consuelo de conjurar el odio, o la muerte, porque son palabras que sueñan, que dibujan ventanas para salir del agujero o alas para seguir soñando, y que cosen y suturan las heridas. El color verbal

es aquí dominado con sabios trazos, en la misma estela que lo hace una pintora; así por ejemplo lo vemos en la chilena Alexandra Domínguez y su “Cartografía de lo desconocido”, en una rara afinidad del azar: “El color, he pensado alguna vez, es la ilusión de un recolector de mitos. En cierta forma puede que no sea más que el oficio del mar el oficio del azul, ni otro que el rojo el oficio de las manzanas, como no es el negro sino para la unánime dimensión de la muerte. Lo trágico no es el ocre amarillo que perdura desde los ritos del hombre de las cavernas [...], lo trágico es la ausencia de la luz [...]. Pongo color donde está lo sagrado, pigmento donde resucitará la ceniza”.

Con anilinas y pigmentos sonoros, M^a Angeles Pérez López revela un mundo escondido, que ya se atisbaba en los versos lejanos de *Carnalidad del frío*: “Soy una niña y pinto de colores / el tronco sepulcral de los dibujos...”. La poeta se abisma alucinada para inquirir en lo oscuro, y acaricia con palabras esas pieles imaginarias, contra la ceniza y la cal, contra el miedo y su veneno, contra el odio y el desamor y el olvido. Poesía somática y terrestre, arcilla madre, se deja hollar por la lágrima y la sangre que también en ella dibujan su surco, en el envés del espejo. Desde un compromiso sin consignas, la voz de la poeta enhebra colores y pensamientos, y arropa a sus criaturas con sus acuarelas contra la barbarie, y cose y cose la poeta con sus palabras esa tela, ese tejido o textura primordial y afirmativo, ese atavío que quiere escudar la inevitable desnudez contra el puñal de cada día.

SELENA MILLARES
Universidad Autónoma de Madrid